

Vivir la caridad

BRUNO FERRERO

«Ayer fuimos a comer afuera. ¡Qué bueno! Nos atendió una muchacha, ni linda ni gentil. Le debo haber dicho 'gracias', cien veces. Nunca me hizo caso. Y tenía razón: le pagan para hacer ese trabajo... Hoy, mi madre, como siempre, se levantó de la mesa para alcanzarme un vaso de agua. Se me escapó un 'gracias'. ¡No lo hubiera dicho nunca! Parecía que iba a llorar... Conclusión: para hacer llorar a mi madre basta un 'gracias' cada trece años».

«Hoy mi hijo me ha dicho 'gracias'. Casi me hizo llorar. ¡Qué loca! Espero que no se haya dado cuenta, porque de lo contrario no me lo dice más para no hacerme llorar. Si se diera cuenta que yo, 'la madre', soy Lucía, que tengo 34 años, que muchas veces estoy cansada, me siento sola, que a veces tengo ganas de hablar y salir y a veces me siento mal»...

ADENTRO Y AFUERA

La familia es un excelente lugar para aprender a vivir la caridad, porque en ella se da, precisamente, ese tipo de actitudes que se definen como amor al prójimo. Muchos adolescentes y jóvenes

creen que esta magnífica virtud cristiana es para ser vivida sobre todo fuera de casa, en el oratorio, con los más pobres, o en las misiones del África. No es raro encontrar jóvenes voluntarios que son estupendos y heroicos cuando trabajan en los asentamientos y pequeños tiranos prepotentes cuando están en sus casas.

Los niños descubren muy fácilmente cuál es la diferencia que hay entre un comportamiento «sociable» y uno «insociable» y comprenden rápidamente cuáles son los comportamientos útiles y cuáles los destructores. Aquí es donde, muchas veces, los adultos se equivocan.

Quieren transmitir el amor ofreciendo cosas que conquistan y satisfacen los deseos infantiles. Y no advierten que, en ese período de estímulos externos y de falta de comu-

nicación, comienzan a generarse los primeros signos de desgano, de indolencia, de pereza, de rebeldía y, en los casos más graves, de resignación depresiva.

En este período se pueden advertir también los primeros signos de esa indiferencia emotiva, cada vez más difundida hoy, que no consigue generar una resonancia emocional ante hechos a los que se asiste o ante gestos que se realizan. El cuerpo recibe muchos cuidados, pero las raíces del corazón se están dejando resecar. Los adolescentes pasan la mayor parte de su tiempo en casa, con la llave en el bolsillo y con la televisión como niñera, y en la escuela, donde muchas veces escuchan palabras poco convencidas, que hacen referencia a una cultura muy alejada de la que la televisión les ofrece como base para construir sus reacciones emocionales.

Sólo los padres pueden educar los sentimientos de sus hijos; es decir, sólo ellos pueden «sentir» realmente sus necesidades emocionales y sus deseos profundos. Tienen que lograr implicarlos en la tarea de descubrir que el prójimo es, antes que nada, al-



BSCAM

quien cercano, y no una entidad abstracta. Es la mamá, el papá, los hermanos, la abuela, etc. Y especialmente aquellas personas que, para muchos niños, tienen la misma importancia que los muebles de la casa...

MODELOS Y GUÍAS

Para poder educar a sus hijos en la caridad, los padres tienen que ser modelos y guías. Conocedores de los adolescentes, tienen que procurar que se sientan queridos, para que su capacidad de amar permanezca plena, y que aprendan a amar a los demás. La respuesta a la pregunta sobre cuándo aprenderán los hijos a arreglárselas solos y a ayudar a los demás si siguen teniendo con ellos continuos gestos de servicio, tendrá respuesta cuando se propongan a sí mismos como modelos y guías.

Los padres son modelos de amor incondicionado en los sacrificios cotidianos que hacen por sus hijos. Por eso, es muy importante saber elegir con sabiduría los gestos de servicio que se van a realizar. De lo contrario, estarán creando adolescentes dependientes, que saben recibir, pero que no aprenderán nunca a dar. Por ejemplo: preparar la comida es un gesto de servicio; pero enseñarle a cocinar a un adolescente es un gesto de servicio mucho mayor. Obviamente, para las madres es mucho más fácil preparar ellas mismas la comida que enseñarles a cocinar a los hijos. Pero es un gesto de amor mucho mayor.

Una regla de oro aconseja ofrecer a los hijos los gestos de servicio que ellos no pueden realizar solos. Cuando son pequeños, lavarles la ropa; cuando son adolescentes, enseñarles a lavar sus uniformes. Los padres que no aprendan a hacer esta distinción pueden llegar a comprometer seriamente, en nombre del amor, la madurez de sus hijos adolescentes. No pueden olvidar que su tarea es guiarlos hacia la independencia y la madurez.



BSCAM

Y otro detalle importante, aunque aparentemente muy sencillo, que también se aprende en familia. Es natural y necesario que los hijos participen en las tareas de la casa, sin que haya distinciones entre varones y mujeres, y que se establezca desde el comienzo una forma de colaboración que exija y contemple el aporte de todos. Ordenar la cocina, lavar los platos y limpiar los dormitorios no pueden ser tareas exclusivas de la madre. Los padres atentos saben que, junto a ella, los hijos pueden aprender a cocinar, a ordenar su habitación, a limpiar, a planchar. Los niños aprenden cuando hacen las cosas con sus padres; como cuando desde pequeños, por ejemplo, los ayudan a preparar las tortas y los dulces.

En el ámbito específico de la educación en relación al sexo, tenemos que estar atentos para evitar que nuestra educación continúe transmitiendo, de generación en generación, las injusticias que se dan en la división tradicional de roles. Nuestros hijos tienen que estar prepara-

dos para enfrentar los cambios y las nuevas situaciones que se plantean en la vida profesional, entre otras cosas, por la creciente participación de la mujer en el mercado laboral, y tienen que hacerlo con flexibilidad: muchas relaciones están chocando hoy contra esta nueva forma de asignación de roles en el campo profesional.

HACIENDO CAMINO

Hay que adaptarse y animarse mutuamente para que los fracasos no nos hagan desistir de la voluntad de construir el bien de todos modos. La experiencia enseña que no necesariamente se realizan grandes cosas y que puede también ocurrir que el balance de la caridad se cierre en rojo. Sin embargo, hay una ganancia muy importante: la progresiva humanización que permite enriquecer la vida familiar de intimidad, disponibilidad recíproca, participación y armonía.